

ARQUITECTURA

enseñanzas, reformas y cultura



Ramón Alfonso Méndez Brignardello
Profesor Facultad de Arquitectura y Diseño
Universidad Finis Terrae

1

La Capitanía General de Chile no conoció arquitecto alguno durante la conquista y colonia españolas, como no sea la honrosa excepción de Joaquín Toesca y Ricci, llegado cuando faltaban escasos años para la Declaración de la Independencia del más austral de los territorios de la corona ibérica.

Ello tuvo consecuencias en el patrimonio construido y, más en general, en el poco interés de la sociedad local por el tema, contrario a lo ocurrido en el campo de las letras, en el cual desde que el país toma nombre conoce hombres de pluma inspirada, como lo fueron el propio conquistador, adelantado don Pedro de Valdivia, Alonso de Ercilla, Núñez de Pineda, Pedro de Oña, González de Nájera, Mariño de Lobera, Manuel Lacunza, Diego de Rosales y cuantos otros que tejen una tradición que ya contabiliza dos Premios Nobel.

2

Cuenta la crónica que las primeras construcciones en el Santiago del Nuevo Extremo se ejecutaron muy precariamente, con materiales y mano de obra indígenas. La destrucción de la incipiente ciudad por los mismos agraviados indígenas—privilegiando el uso del fuego—, movió a las autoridades a priorizar el empleo de materiales incombustibles, como adobes y tejas, en reemplazo de maderas, tejidos, totora, coirón, cueros y otros.

La ciudad creció lentamente, sin opulencias ni lujos de especie

alguna. Sin embargo, ya hacia 1577 Pedro de Armenta pidió autorización para construir frente a la Plaza de Armas un edificio de dos pisos, con portales, al modo de las plazas españolas.

Algunas viviendas se levantaron en dos plantas, y aparecieron balcones, cornisas y blasones. Concurren a la ciudad las primeras órdenes religiosas y levantan sus conventos e iglesias, todo de manera intuitiva, a veces modelados sobre recuerdos renacentistas o mudéjares y aun góticos.

Pero todo cuanto levantó la modesta comunidad cayó con motivo de los violentos terremotos que la asolaron una y otra vez: sólo salvó la Iglesia de San Francisco en cada oportunidad.

Las ciudades se fueron haciendo más bajas, casi chatas, se eliminó todo adorno riesgoso y los muros se hicieron más gruesos. Pero los terremotos de 1647 y 1730 no perdonaron nada como no sea la Iglesia ya mencionada, que hasta hoy se alza como único sobreviviente del siglo XVI.

Las súplicas al Rey, para que enviara un arquitecto a la lejana posesión, se hicieron más insistentes, toda vez que edificios de gobierno, hospitales, escuelas, conventos y la misma catedral estaban “por los suelos”.

Así se gestó la venida de Joaquín Toesca, en los últimos años del siglo XVIII, casi 250 años después de la toma de posesión de estas tierras “de la región antártica famosa”.



Posada del Corregidor (Zañartu)



Plaza de Armas. Rincón del poniente, imaginada por un joven Pedro Subercaseaux

3

No fue nada fácil al comienzo la enseñanza de la arquitectura en la joven República de Chile.

Las primeras clases formales las impartió a partir de 1849 la Universidad de Chile, sucesora de la Real de San Felipe, la cual no consideraba en su proyecto carreras de orden científico, técnico o artístico, sino que se volcaba de preferencia a la Teología y al Derecho. Este curso de Arquitectura estuvo a cargo del primer arquitecto de Gobierno, el francés Claude François Brunet Desbaines, de cuyo contrato formaba parte esta tarea.

Sin embargo, de manera informal, el arquitecto Toesca había impartido enseñanza a algunos maestros y a ciertos jóvenes, para formarlos como colaboradores, atendida la falta absoluta de personal preparado que le ayudara a concretar los numerosos proyectos que le encargara la Corona en esta Capitanía General de Chile.

C.F. Brunet Desbaines se esmeró en cumplir su encargo docente, pero al término de su contrato en este extremo rincón de América, informaba al Gobierno acerca del desinterés de los jóvenes en esta nueva profesión, cuyo estudio sólo habían concluido tres alumnos - Ricardo Brown, Fermín Vivaceta y Elcázaro Navarrete -, de los cuales este último jamás ejerció su oficio.

Brunet Desbaines falleció la víspera de su regreso a Europa; el

segundo arquitecto de Gobierno, Lucien Ambroise Henault, no tuvo mejor suerte y el curso se suspendió y reanudó en más de una ocasión. Esto llevó a la Universidad de Chile a reorganizar enteramente su proyecto y un Decreto Supremo de 12 de diciembre de 1896 aprobó un nuevo plan de estudios de tres años lectivos, el que comenzaría a impartirse 2 años más tarde.

4

El siglo XIX deja un negativo balance para la arquitectura y su enseñanza en Chile. En el ámbito de la cultura, España no había desarrollado en esta sociedad un interés y un gusto por la arquitectura: la que se genera en la opulencia de la minería y la agricultura lo es tanto de construcciones historicistas como eclécticas, de las cuales destacan excentricidades como el Palacio Díaz Gana (Concha-Cazotte) y el Palacio de la Alhambra, historicismos que no tienen que ver ni siquiera con nuestra historia sino con historias ajenas.

El presidente Balmaceda debe "importar" arquitectos para sacar adelante su programa de escuelas y postas sanitarias. Los profesionales nacionales así como numerosos extranjeros llegados "a hacerse la América", estaban demasiado ocupados en levantar "follies". Cuán diferente al panorama que desde la Conquista se había generado en torno a las letras, desde Pedro de Valdivia y Alonso de Ercilla, hasta Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Sin embargo, lejos del mundanal ruido, en la tranquilidad de las



Tribunal de la Real Aduana: la influencia de Toesca

haciendas, se estaba generando una tipología arquitectónica original, la casa patrimonial. Constituida por un sistema de recintos alineados por corredores y agrupados en torno a patios, podía crecer y decrecer según las necesidades. Arquitectura sin arquitectos, se ajustaba con perfección a los materiales y técnicas disponibles en el campo chileno.

5

En aquellos últimos años de la década de 1890 – que preanunciaban la llegada del siglo XX –, Chile vivía la riqueza del salitre, un cierto triunfalismo, el nacimiento de nuevas industrias y la emergencia de una clase media y un proletariado cuya presencia política se haría sentir en los próximos veinte años del siglo siguiente.

Mas, en general, al momento de pensar el nuevo siglo se hacía difícil imaginar que otras sorpresas le podrían deparar sus científicos y técnicos a las sociedades europeas y norteamericanas.

El hecho de poder capturar la voz y el movimiento de la persona humana y, por lo tanto, poder volver a escuchar y ver a los muertos, sin el concurso de una médium sino de una cámara de cine y un cilindro o disco; el poder alcanzar a los barcos en medio de los océanos mediante la telegrafía sin hilos u otros continentes mediante el teléfono; el poder volar en máquinas más pesadas que el aire, hacían creer que el hombre moderno construía un paraíso secular no soñado.

Las vacunas le prometían que no volvería a enfermar: todo apuntaba a que el hombre se acercaba al cabal cumplimiento del mandato divino que le había ordenado “enseñorearse sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se muevan sobre ella”. De seguro que entre estas últimas Yahvé Dios tenía en mente bacterias y virus como parecía haberlo descubierto Louis Pasteur por esos años.

En Europa los acontecimientos pronto demostraron que tanta maravilla podía usarse para bien y para mal: guerras y revoluciones mostraron la otra cara de estos inventos. Los pensadores más lúcidos también advirtieron el peligroso desarrollo de las ideologías, que muy luego iban a encerrar a los hombres en ghettos y campos de concentración o tras cortinas de hierro, de bambú, de seda o de consumo.

América Latina estuvo más próxima a la visión estadounidense de futuro, cuyo rasgo más distintivo era una confianza ciega en el progreso: éste resolvería cualquier problema de esa sociedad que había cumplido su propósito de extender sus fronteras de océano a océano, que había comprado Alaska a Rusia, Louisiana a Francia y Florida a España, y se había hecho de la mitad del territorio mexicano.

6

En la segunda mitad del siglo XIX, la enseñanza de la arquitectura había experimentado cambios radicales, que apuntaban a insertarla definitivamente en la universidad, reemplazando el ya sempiterno sistema de discípulos en una oficina, en torno a un maestro. Numerosas cátedras entregaban materias en profundidad –la profundidad del especialista que seguramente el maestro no poseía en el mismo grado– y el alumno buscaba desesperadamente integrarlas en otra cátedra que lleva el nombre de “taller”, pero que nunca ha podido reproducir las condiciones mismas en que se da la arquitectura en la vida real. Los médicos han sido sabios y ubican sus escuelas al lado de un hospital, donde palpita la vida misma y no un modelo incompleto de ella.

La Universidad de Chile buscó en 1896 corregir los errores de su primera experiencia, que ya ha durado medio siglo, y puso en marcha un nuevo plan de estudio que busca superarlos.

Pero a su lado nace en Santiago una nueva universidad, producto de ajustes y divisiones en el pensamiento de la sociedad chilena. En la nueva Universidad Católica de Chile, la influencia de este matiz norteamericano en la visión de futuro la recoge con enorme claridad Abdón Cifuentes en su discurso en la solemne asamblea convocada por la Iglesia el 8 de septiembre de 1888, para dar a conocer los fines de la nueva institución, aún no pontificia: «es preciso fundar en una vasta escala y de una manera científica la enseñanza social del pueblo: es preciso multiplicar los medios de ganar la vida a esos millones de jóvenes, que



Iglesia de San Francisco y la vieja columna de los escritores de la Colonia



Teatro Municipal antes del primer incendio. La llegada del Neoclasicismo



Palacio Díaz-Gana, después Concha-Cagatte: el historicismo descontextualizado

serían perversos literatos, pero que pueden ser verdaderos genios en la industria. Aprovechar esas inteligencias y esas fuerzas que hoy se pierden o se inutilizan será prestar a la sociedad un insigne beneficio (...) pero como esa corriente del uso, creada por el molde de la enseñanza oficial, pierde a tantos, yo os digo señores: menos retóricos y más industrias; menos sofistas y más ingenieros; menos teorías y más ciencias aplicadas: eso es lo que este país nuevo y laborioso necesita para acrecentar su riqueza, su prosperidad, su bienestar (...).

Ésta es la gran obra que la Universidad Católica se propone realizar, creando su Facultad de Artes e Industrias, para formar comerciantes, arquitectos, constructores, ingenieros químicos, ingenieros mecánicos, ingenieros agrícolas (...).

Sin embargo, no nació la Facultad de Artes e Industrias a la iniciación de las clases de la flamante universidad, el 31 de marzo de 1889, sino sólo los tres primeros años del curso de Leyes y un curso de Bachillerato en Matemáticas. Algo más tarde, en 1893, se inicia a la sombra de la Escuela de Ingeniería un curso de Dibujo Instrumental y Arquitectónico, que habría de significar el inicio próximo de la enseñanza de la Arquitectura en la Universidad Católica.

Así nacía el segundo intento de enseñanza de esta disciplina en Chile, el que se formaliza el 12 de abril de 1894 por Decreto de Rectoría que da cuenta de la fundación del curso de Arquitectura “que ahora, con autonomía de Ingeniería y con los profesores que dicha fundación requiere, se ofrece al estudiantado como

expresión de una temprana diversificación profesional”. El curso completo duraba cuatro años y las matrículas se completaron satisfactoriamente.

La tercera Escuela de Arquitectura del país se crea en la década de 1930 en otra de las hoy llamadas “universidades tradicionales”, la Universidad Católica de Valparaíso (tradicionales, en la jerga local, no tiene otro alcance que “antiguas”, primeras, es decir, fundadas antes de 1930). Esta escuela funciona sin pena ni gloria en el primer puerto del país, que hasta hacía pocos años era su ciudad más importante, en muchos aspectos. Compartía en líneas generales la filosofía docente tradicional de la primera mitad del siglo XX con sus dos congéneres de Santiago.

7

Las tres escuelas reseñadas tenían en común —durante esa primera mitad de la centuria recién pasada— el ya agotado modelo Beaux Arts. Este modelo no era otro que el tradicional y antiguo modo de enfrentar y enseñar la arquitectura de la Academia des Beaux Arts de París: concepción clásica que usa como modelos de referencia aquéllos de la antigüedad greco-latina, aunque a estas alturas ha devenido historicista, es decir, ha ampliado el espectro de sus referencias, (con la exclusión del gótico todavía discriminado y cuyo nombre es palabra acuñada por los humanistas renacentistas italianos para calificar peyorativamente el arte medieval); su concepción de la forma es considerarla como



Detalle del Palacio de la Alhambra.

agregado de partes, cuyos cánones de composición están basados en una estricta simetría y un cuidadoso estudio de la proporción y el equilibrio de esas partes. Por último, trabaja con una gran economía de medios expresivos.

Naturalmente, la intrusión de una concepción clásica en una cultura de fuerte tradición barroca, difícilmente podía producir los buenos resultados que se esperaban. Por otra parte, los modelos de referencia clásicos e historicistas podían —de alguna manera— formar parte de la memoria colectiva europea, pero ciertamente no tenían nada que hacer en América y menos en Chile.

Es poco comentado que numerosos edificios públicos de la época de la conquista americana tanto en el Caribe como en el continente nacieron con un sello gótico. Arquitectura sin arquitectos, compuesta con memorias e imágenes vividas (iglesias, conventos, seminarios) que no es extraño que en España fueran góticas, atendido su Renacimiento retrasado por las preocupaciones excluyentes de la guerra contra los moros y la unificación del país, en ese siglo XV.

Esta presencia gótica fue ciertamente mucho más decorativa que espacial/estructural, toda vez que aquí en el Nuevo Mundo no existían las técnicas adecuadas para tamaña empresa así como que la concepción de Dios que sustentaba al gótico había cambiado radicalmente. Esto hacía que estas obras fueran doblemente difíciles de entender para nativos y criollos: por una parte era sólo un remedo gótico y por otra la concepción divina local era

todavía fuertemente mágica y, por ende, centrada en los abiertos espacios de la naturaleza (alertada, la Iglesia construirá “capillas de indios”, cuya principal característica será ser descubiertas y en estrecha relación con el espacio natural). Si sorprende el “gótico” de la primera catedral de América en Santo Domingo, más impresiona encontrarlo en tempranas iglesias o capillas rurales como en San Agustín Acolman (México)— que es apenas algo más que una construcción y, sin embargo, luce en el presbiterio unas nervaduras gotizantes que buscan otorgar jerarquía al espacio más sagrado.

Las primeras generaciones de arquitectos formadas en el siglo XX propusieron respuestas europeas rancias a las necesidades nacionales o, con más precisión, a las necesidades de una pequeña parte de esa sociedad, la que poseía abundantes recursos y que viajaba a Europa acompañada hasta por sus empleadas. A las residencias de la época, desde el siglo anterior se acostumbra a llamarles “palacios” aun cuando en París no pasarían de ser un “petit hotel”: Palacio Errázuriz, Palacio Cousiño, Palacio de Septiembre, Palacio Consistorial, Palacio de la Universidad Católica, Palacio Ariztía, entre otros.

Naturalmente, la emergencia de la clase media genera una respuesta algo diferente, el “chalet”, que empieza a conquistar los terrenos al oriente de la antigua Plaza Italia, ahora corrida un tanto hacia la cordillera para despejar el paso de la Avenida Viña Mackenna, rebautizada Plaza Baquedano e inaugurada con gran solemnidad en 1928. Conmemora, con retraso, el centenario del nacimiento del general Manuel Baquedano. Por cierto, hay chalets al modo clásico francés, de estilo tudor, de estirpe neogótica, villas italianas renacentistas, etcétera. Como aproximación a la vanguardia, hacia Ñuñoa aparecen las primeras “casas cajón”, con sus grandes antetechos que disimulan la cubierta de fierro galvanizado y con su volumen prismático evocan la arquitectura de la Bauhaus.

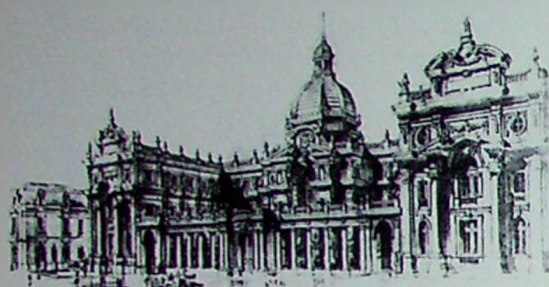
La ciudad se ha convertido en un catálogo de modelos foráneos, salpicada con algunos edificios de departamentos y de oficinas, cuyos modelos podrían rastrearse en los Estados Unidos.

8

Algo más de medio siglo necesitaron las escuelas de arquitectura chilenas para recomponer sus programas, a fin de enfrentar los desafíos de la segunda mitad del siglo XX: terminada la II Guerra Mundial sus programas experimentaron cambios radicales, que los alejarán del esquema beauxartiano para acercarlos a modelos todavía europeos, pero esta vez más próximos a Alemania.

Estos cambios estuvieron dinamizados por una pequeña pero incisiva vanguardia de arquitectos, cuya lectura les deja en claro que el patrón de enseñanza en uso está definitivamente agotado y salen a buscar —nuevamente a Europa— otras opciones: allí en-

PALACIO DE GOBIERNO



Proyectos para el olvidado sector sur,
frente a La Moneda

contraron un conjunto muy amplio de propuestas artísticas que van del cubismo al esprit nouveau, pasando por el suprematismo, elementarismo, futurismo, constructivismo, purismo y otros “ismos” que encuentran su cauce en instituciones como la Sección Vienesa, Deutscher Werkbund, De Stijl, Wiener Werkstatte, Internacional Constructivista, el Taller de Le Corbusier y la Bauhaus. Todos estos movimientos tienen en común su profunda raíz racionalista y el ser rechazados por las dictaduras, que las cancelarán definitivamente en sus áreas de influencia. Entre aquellos viajeros se cuenta, entre muchos otros, a Sergio Larraín G.M., Juan Martínez G., Roberto Dávila Carson y Emilio Duhart.

Otros arquitectos canalizaron sus inquietudes incursionando en otros campos del arte, con la esperanza de encontrar allí otras salidas: Roberto S. Matta, Nemesio Antúnez y Pablo Burchard en la pintura; Fernando Debesa y Jorge Díaz en el teatro; Juan Orrego Salas en la música; Patricio Bunster en el ballet, etcétera.

De estas incursiones nació una tercera revisión mayor de los programas de enseñanza; en esta ocasión es nuevamente la Universidad de Chile la primera en emprender la modificación de sus planes de enseñanza. Sus prolegómenos se ubican hacia 1933, al asumir la Dirección de la Escuela el arquitecto Juan Martínez G., recién regresado de un extenso periplo por Europa.

Las reformas introducidas en esa época no son todo lo que algunos profesores y estudiantes habrían querido, pero marchan en la dirección que el expresionismo alemán, la muestra de la

Weissenhof en Stuttgart, Adolf Loos, Le Corbusier y otros señalan.

Si muchas aspiraciones no tuvieron cabida en esa ocasión, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en 1946, se hará una segunda reforma, esta vez radical: partiendo de ciertas variables estimadas como indiscutibles (hombre, naturaleza, material), se buscaba formar un arquitecto integral, sensible a las condiciones económicas, políticas y sociales en las cuales le cabía actuar. La formación profesional tiene dos instancias: la primera centrada básicamente en el análisis y la segunda en la síntesis (cuyo soporte principal es el taller central, integrador de todas las cátedras teóricas). Se solía decir que esta importante reforma se fundaba en los programas de la Bauhaus, pero en realidad era difícil encontrar nexos específicos, como no fuera un cierto común espíritu. Es importante recordar, por otra parte, que la Bauhaus tiene diversos “momentos”, que no son coincidentes y que en el fondo se va haciendo camino al andar.

De este modo, la Universidad de Chile se ponía al día para enfrentar el entonces esperanzador nuevo orden de postguerra, creando además un notable aparato de extensión artística, poniendo en pie una orquesta sinfónica que sería dirigida por los más eminentes maestros internacionales, coros, escuelas de temporada, Teatro Experimental, etcétera, además de renovar buena parte de su infraestructura física.

Aprovechando el impulso renovador, el Decano y entonces Presidente de la UIA (Unión Internacional de Arquitectos), Héctor Mardones Restat, inició la departamentalización de la Facultad con la creación del Departamento de Planificación Urbano Regional (DEPUR).

En la Escuela de Arquitectura de la ahora Pontificia Universidad Católica de Chile, también corrían vientos de cambio, pero la Facultad estaba dividida. Muchos de sus ex-alumnos habían viajado al extranjero y formando parte de la precitada vanguardia, estimaban indispensable una reforma radical, pero algunos profesores estaban convencidos que la formación clásica era indispensable para adquirir cierta disciplina compositiva y que las experiencias parciales recientes llevadas a cabo en los cursos iniciales habían probado ser poco satisfactorias.

Desde 1947 se trabajaba en el diseño de un nuevo plan de estudios, pero las dificultades de su aplicación gradual llevaron en 1949 a una polarización del profesorado en posiciones antagónicas y a una huelga general de estudiantes, que se inicia con una gran fogata en la cual se queman los Vignola de la Biblioteca. Ésta sólo se resolvió por la intervención del Cardenal Caro, luego de lo cual alumnos y profesores se reintegraron a clases.

Sin embargo, la aplicación de un verdadero espíritu de cambio y reforma, común a toda la Escuela, sólo habría de empezar en 1952, con el nombramiento de Sergio Larraín G.M., como deca-



Calle Huérfanos, desde Ahumada al Oriente.



Acceso monumental al Cerro Santa Lucía.

no, cargo en el cual permaneció por quince años. Desde ese puesto estableció contactos académicos internacionales que permitieron las visitas breves pero muy eficaces de maestros como Joseph Albers, S. Sillman, N. Calberg, O. Harris y W. Wright, las que consolidaron el espíritu de la Reforma. De igual modo, profesores chilenos viajaron al extranjero a perfeccionar sus especialidades y a su regreso se incorporaron al cuerpo docente permanente.

Varios años más tarde, en 1966, se creó el Comité Interdisciplinario de Desarrollo Urbano (CIDU), pero en esos mismos años se manifiesta nuevamente de parte de profesores y estudiantes una inquietud que, en muy apretada síntesis, se expresaba en que “la Escuela no era universitaria” y que ella “más que una Escuela de Arquitectura era una escuela alrededor de la Arquitectura”.

Una nueva elección de decano repuso a la Facultad en sus carriles.

Entretanto, la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso que, como se ha señalado, llevaba una vida académica opaca y un rumbo impreciso, invita al Profesor Alberto Cruz Covarrubias, a fines de 1951, a repensar su proyecto docente, para colocarlo a la altura de los otros planteles nacionales.

El Profesor Cruz convino con la Universidad la creación de un Instituto de Arquitectura, que conduciría la reflexión inspiradora de la docencia universitaria, y se trasladó a Viña del Mar con un

equipo conformado por el poeta Godofredo Iommi y los arquitectos Miguel Eyquem, Francisco Méndez, Jaime Bellalta, Fabio Cruz, Arturo Baeza y José Vial.

La ciudad de Valparaíso se convirtió para ellos en un laboratorio vivo, que se recorre una y otra vez en busca del gesto poético del hombre en situación arquitectónica. Este gesto devela una dimensión espacial que el arquitecto puede recoger y desarrollar como respuesta legítima a una necesidad en el campo de su disciplina. Ciertamente es ésta una manera original de abordar el origen de la forma, sin partir de presupuestos geométricos o modelos de referencia prefijados. Sus riesgos están en las transculturaciones y aculturaciones a que está sometido el urbanista contemporáneo, cuya cultura puede estar alterada por la influencia de líderes espurios en televisión, cine y prensa.

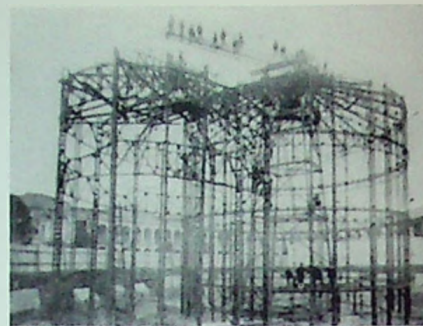
9

Las reformas de los años cincuenta pueden evaluarse de manera directa o indirecta, es decir, haciendo un análisis crítico de cada uno de los programas reseñados o apreciándolos a través de los resultados globales de la disciplina en el plano nacional. Considerando que las reformas han tendido a asemejar los programas de estudio, parece ventajoso optar por el más sintético segundo camino.

De partida debe señalarse que las reformas tuvieron un fuerte carácter racionalista, que en el caso de la Universidad Católica



Edificio de Gath & Chávez, la modernidad del acero y el cristal.



Esqueleto de la Bolsa de Comercio.

Primeros ensayos en hormigón armado

de Valparaíso toma un sesgo fenomenológico. Nuevamente cabe preguntarse si ese camino racionalista era el que convenía a nuestra cultura, cualesquiera sean los parámetros para acotar algo que siempre nos cuesta angustiosos esfuerzos, como es mirarnos a nosotros mismos. Cualquiera sea el espejo que usemos —mercado de Chillán o feria de Melipilla, recova en La Serena o vega en Santiago, casa patronal en el campo o cabaña en la playa, poblados del desierto o aldeas de Chiloé—, todo parece indicar que el racionalismo frío y preciso, controlado y en blanco y negro, no constituye nuestra imagen antropológica. Es cierto que en algunos sectores preferimos vivir en la ilusión que somos los ingleses, franceses o alemanes de América del Sur y nos educamos en un English School o l'Alliance Française o el Deutsche Schule. Resulta patético caminar hoy por Vitacura: parecería que deambulamos por algún barrio de Miami, aun cuando allí las colonias hispanoparlantes no tienen inconveniente de anunciar-se en su idioma.

Este inquietante comportamiento provocó en los años ochenta una reacción que agrupó a un número importante de arquitectos que iniciaron una reflexión agrupados en el Taller América. Estos pensamientos se maduraron y posteriormente Enrique Browne publicó "Otra Arquitectura en América Latina", tras un largo periplo que lo llevó por todos los países del continente y Cristián Fernández Cox hizo lo propio con "Arquitectura y Modernidad Apropriada". Ambos están conscientes que en el norte, en México y Colombia específicamente, se ha desarrollado un pensamiento nuevo (del cual no estuvo ajeno Octavio Paz en México

y Gabriel García Márquez en Colombia) y una obra que se hace a partir de un ser que se relaciona de manera propia con un medio particular (que no es igual al noreuropeo).

No se parte en esta arquitectura de un juego de leyes que debe cumplir la obra para ser moderna (sobre pilotis, techo plano, etcétera) sino de reconocer una particular noción de lugar que se sustenta en una graduada relación con el medio, un manejo de la luz más dramático que el que proporciona el vano o ausencia de muro, una materialidad que refleja su factura (especialmente si es artesanal), una estructura que evita el virtuosismo técnico, colorido y texturas vibrantes, etcétera. Esta postura es también, en el fondo, otra lectura de la modernidad. Una más de las varias que ha conocido este oficio, desde aquélla de los poetas malditos del siglo XIX; la de los constructivistas que cancelaban pintura y teatro a raíz de la invención de la fotografía y el cine; la del racionalismo franco-alemán, etcétera. Es oportuno recordar que paralelamente al desarrollo del racionalismo europeo, tras el término de la Primera Guerra Mundial, en toda América se desarrolló una corriente colonial o neocolonial que tuvo una enorme aceptación. En el segundo y tercer anillos de crecimiento de Santiago, sector oriente, todavía hay numerosas obras que no han sido destruidas para dar paso a edificios de departamentos. En los Estados Unidos se cuida con esmero este patrimonio con el cual se identifica un importante sector de la sociedad sureña, desde California a Texas, pasando por Arizona y Nuevo México. Adicionalmente, en estos dos últimos estados mediterráneos se siguen cultivando las formas "pueblo" y "misión".



Casa Flaño: el racionalismo llega a Chile.



Iglesia de los Benedictinos «La luz de Dios».

Si todo lo anterior pudiera parecer discutible, hay unanimidad en estimar que se ha fracasado en las tareas de construir un entorno habitable. Basta tomar cualquier revista especializada o simplemente los periódicos en su crónica cotidiana para darnos cuenta de que éste no es un fracaso moral sino una peligrosa realidad. De Santiago se dice y se repite que es una ciudad trizada, quebrada, la más segregada del continente, saturada, peligrosa en términos de criminalidad, racionada energéticamente, poco interesante, contaminada, anegada. Los arquitectos (salvo contadas excepciones) no han tenido liderazgo alguno ni han alcanzado la dirección de los organismos superiores que dicen relación con su propio quehacer. Es más, las leyes más importantes que han “caracterizado” la arquitectura residencial en los últimos cincuenta años, han sido concebidas por otros profesionales (Ley Pereira, DFL 2).

Esto no significa que no se haga muy buenas obras de arquitectura. Hay profesionales que han oficiado de “arquitectos del príncipe” y en esa calidad han podido desarrollar sus proyectos con comodidad. Y eso es una virtud. Pero a nivel de la arquitectura “de interés social” otra ha sido la historia; el aparato estatal que entrega respuestas masivas dirigidas a los sectores más desposeídos, ha creado soluciones que ha aplicado idénticas en las geografías y paisajes culturales más dispares. Las respuestas espaciales tanto de esos organismos como de oficinas privadas no han propuesto nada más original que “jibarizar” las plantas de las viviendas de la clase media, sin entender más en profundidad las diferencias subculturales y de recursos. Esta falta de sintonía

entre usuario y proyectista también se aprecia en otros niveles socioeconómicos. ¿Cuántos balcones y terrazas permanecen como los concibió el arquitecto, en nuestros edificios de departamentos? En el edificio de Alvar Aalto en la Hansaviertel, en cuarenta años no se ha cerrado ninguno, a pesar del rigor del clima berlinés, por el modo en que están concebidos y como articulan el total del espacio.

Una nueva revisión de los planes de estudio de las Escuelas de Arquitectura nacionales parece inminente, de urgente necesidad, toda vez que la sociedad no ve resueltos sus problemas comunitario —espaciales y éstos se van acumulando y creciendo exponencialmente. Hay una percepción de que el arquitecto no es capaz o no se interesa en resolverlos, buscando o privilegiando más bien problemas cuyas respuestas puedan figurar en libros de arte.

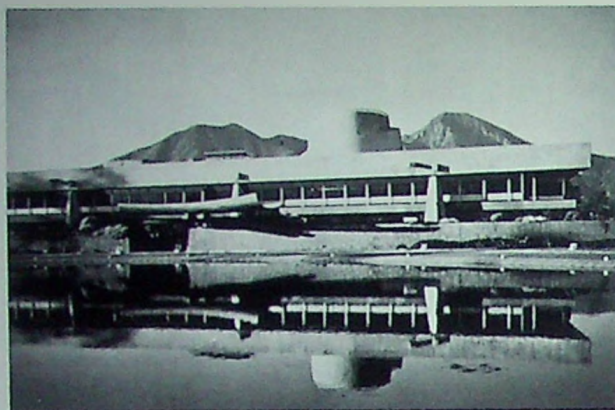
Al acercarnos a esas reformas es necesario, primero que nada, destacar la audacia de la recién nacida Universidad de Chile al incorporar a su currículo la carrera de Arquitectura, a fines de la primera mitad del siglo XIX, cuando el desplazamiento de esta disciplina al ámbito universitario en Europa era todavía reciente y en discusión.

Esa incorporación todavía encuentra dificultades, especialmente en el reemplazo del atelier profesional por el taller docente: en el primero había un compromiso directo y estricto con el mandante, el cual era desarrollado hasta el cabal término de las obras; en la Universidad, es demasiado frecuente no ir más allá



Armando los arcos de la nave central de la Iglesia
Espírita (1920)

El hormigón armado en plenitud



Edificio de la Cepal (ONU): el triunfo del
neoespressionismo.

de un partido general, sin éstas, sin detalles constructivos, sin especificaciones o presupuesto. Estas ausencias se suelen disimular con esotéricos discursos, cuyo sustento teórico no pasa más allá de un simple voluntarismo. Es necesario recuperar aquella audacia.

En segundo término, ha sido lugar común traer soluciones de países que no comparten igual cultura o desarrollo con nosotros. Como ha dicho Enrique Browne, “hemos estado importando soluciones sin tener todavía los problemas”.

Por último, un nuevo ajuste supone tener una conciencia cabal de la sociedad a la cual se quiere servir, toda y hoy.

Pedro Morandé ha escrito que “el excentrismo frente al locus latinoamericano tiene también su contraparte en la manera en que ocultamos nuestra temporalidad. Estamos acostumbrados a visualizar la historia teniendo como punto de partida el proceso de emancipación y la constitución de los estados nacionales. Pero la historia del pueblo latinoamericano es más antigua. Remonta al siglo XVI, al proceso de encuentro entre los pueblos europeos, indígenas y africanos y al mestizaje resultante de su interrelación. Esta historia mestiza y barroca de tres siglos es la que ocultamos cada vez que definimos al locus como aquél de la institucionalidad europea que importamos durante el siglo XIX. Un pensamiento deslocalizado es, por fuerza, también un pensamiento deshistorizado.”

Las Escuelas de Arquitectura están frente a la necesidad de una

profunda reflexión multidisciplinaria ante los desafíos que plantea nuestro mundo de hoy y la respuesta profesional con que hay que enfrentarlos. La reforma que de ahí nazca tendrá que partir por preguntarse qué arquitecto queremos formar y de seguro aflorarán las preguntas de siempre: ¿diversificación profesional?, ¿especialización? Cualquiera sea la respuesta, ésta tendrá que ser ante todo nuestra, capaz de trascender a la sociedad y de resolver el espectro de sus necesidades, aquí y ahora.

(Fotografías, gentileza Archivo fotográfico y micro films.
Universidad de Chile)